



Domingo IV del Tiempo de Adviento -(Ciclo - C)



I. NOTAS EXEGÉTICAS

Mi 5, 1-4^a De ti saldrá el jefe de Israel

Con el IV domingo de Adviento, la Navidad del Señor está ya ante nosotros. La liturgia, con las palabras del profeta Miqueas, invita a mirar a Belén, la pequeña ciudad de Judea testigo del gran acontecimiento: "Pero tú, Belén de Efratá, la más pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel. Su origen es desde lo antiguo, de tiempo inmemorial" (Mi 5, 1). Mil años antes de Cristo, en Belén había nacido el gran rey David, al que las Escrituras concuerdan en presentar como antepasado del Mesías. En efecto, la misma profecía de Miqueas prosigue aludiendo precisamente a un nacimiento misterioso: "Dios los abandonará -dice- hasta el tiempo en que la madre dé a luz. Entonces el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel" (Mi 5, 2).

Salmo 80 Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.

El salmo 80 (79) tiene el tono de una lamentación y de una súplica de todo el pueblo de Israel. La primera parte utiliza un célebre símbolo bíblico, el del pastor y su rebaño. El Señor es invocado como "pastor de Israel", el que "guía a José como un rebaño" (Sal 79,2). Desde lo alto del arca de la alianza, sentado sobre los querubines, el Señor guía a su rebaño, es decir, a su pueblo, y lo protege en los peligros.

Así lo había hecho cuando Israel atravesó el desierto. Sin embargo, ahora parece ausente, como adormilado o indiferente. Al rebaño que debía guiar y alimentar (cf. Sal 22) le da de comer llanto (cf. Sal 79,6). Los enemigos se burlan de este pueblo humillado y ofendido; y, a pesar de ello, Dios no parece interesado, no "despierta" (v. 3), ni muestra su poder en defensa de las víctimas de la violencia y de la opresión. La invocación que se repite en forma de antífona (cf. vv. 4 y 8) trata de sacar a Dios de su actitud indiferente, procurando que vuelva a ser pastor y defensa de su pueblo.

Hb 10, 5-10 Aquí estoy para hacer tu voluntad

Todo "lo nuevo" que el nacimiento de Jesús ha traído se expresa en esta segunda lectura. El autor de Hebreos nos dice que Jesús vino a suprimir "los antiguos sacrificios" para "establecer el nuevo" (10, 9). Surge entonces la pregunta: ¿Cuáles son esos sacrificios?



Los “antiguos sacrificios” de animales eran los que se llevaban a cabo en el templo judío (10, 8), pero con Cristo llegó la hora de poner fin a la práctica de ofrecer toros y machos cabríos para la expiación de los pecados. En lugar de estos sacrificios, Jesús estableció “el nuevo sacrificio” de su propio cuerpo diciendo: “Aquí estoy, Dios mío; vengo para hacer tu voluntad” (10, 9). De esta forma puso fin a los innumerables sacrificios antiguos y los reemplazó con el único y supremo sacrificio de su propio corazón, lleno de confianza y obediencia.

Lc 1, 39-45 ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?

Hoy el anuncio del nacimiento de Jesús aparece ante todo relacionado cronológicamente con la historia de Juan el Bautista, mediante la indicación del tiempo transcurrido tras el mensaje del arcángel Gabriel a Zacarías. Pero ambos acontecimientos quedan también enlazados en este pasaje por la información de que María e Isabel son parientes, y por tanto también lo son sus hijos.

La visita de María a Isabel lleva —aún antes de sus nacimientos— a un encuentro entre Jesús y Juan en el Espíritu Santo, y ahí queda clara al mismo tiempo la correlación de sus misiones: Jesús es el más joven, el que viene después. Pero es su cercanía lo que hace saltar a Juan en el seno materno y llena a Isabel del Espíritu Santo.



II. PISTAS PARA LA HOMILÍA

- Han sido días exigentes para la humanidad, a raíz del Covid 19, y no hemos sido ajenos a tantas escenas de enfermedad, sufrimiento y muerte. Poco a poco empezamos a reencontrarnos, como hermanos y como sociedad, con la ilusión, con el deseo y con la esperanza viva, característica propia del Adviento que estamos viviendo, para que emerja la vida de Dios, y nos sea compartida en Cristo su naturaleza divina, que viene a confortar la vulnerabilidad propia de nuestra condición humana.
- De este modo queremos salirle al paso a Dios que, con su Encarnación, nos sale al encuentro, especialmente en el rostro del hermano frágil, vulnerable, necesitado de compañía, ayuda, y amistad, pues en el Dios que se hace hombre por nosotros, todos nos sentimos amados y acogidos, descubrimos que somos valiosos y únicos a los ojos del Creador. Así el nacimiento de Cristo nos ayuda a tomar conciencia del valor de la vida humana, de la vida de todo ser humano, desde su primer instante hasta su ocaso natural. A quien abre el corazón a este “niño envuelto en pañales” y acostado “en un pesebre” (cf. Lc 2, 12), él le brinda la posibilidad de mirar de un modo nuevo las realidades de cada día. Podrá gustar la fuerza de la fascinación interior del amor de Dios, que logra transformar en alegría incluso el dolor. Alegría que esta anticipada por el encuentro entre Jesús y Juan, cuya efusión se expresa en el salto gozoso por parte del Bautista y que nos es contagiada a través de la presencia de Dios que habita en cada persona que hallamos en la peregrinación de nuestra existencia.
- Es verdad, todos estamos de paso, pero es precisamente Jesús quien nos hace sentir como en casa en esta tierra santificada por su presencia, pero nos pide que la convirtamos en una casa acogedora para todos. Este es precisamente el don sorprendente de la Navidad: Jesús ha venido por cada uno de nosotros y en él nos ha hecho hermanos. De ahí deriva el compromiso de superar cada vez más los celos y los prejuicios, derribar las barreras y eliminar las contraposiciones que dividen o, peor aún, enfrentan a las personas y a los pueblos, para construir juntos un mundo de justicia y de paz.
- Esto que hemos meditado lo constatamos ahora en la presentación de los dones del pan y el vino que se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, ya que en este sacramento admirable acontece el encuentro de Dios con su pueblo. Su sacrificio nos santifica de una vez para siempre, nos actualiza en nuestra condición de hijos amados del Padre, y nos llena de alegría para seguir viviendo los gozos y fatigas propias del camino, con la certeza que al final la Vida triunfa.
- La Virgen María nos ayuda a mantener el recogimiento interior indispensable para gustar la alegría profunda que trae el nacimiento del Redentor, especialmente a quienes van a pasar la Navidad en la tristeza y la soledad, en la enfermedad y el sufrimiento.



III. SUBSIDIO LITÚRGICO

MONICIÓN INICIAL

En los días cercanos a la Navidad nos congregamos como comunidad parroquial para seguir disponiendo el corazón, pues tenemos la certeza de que Dios se deja encontrar por quienes lo buscan con sinceridad de corazón. Vivamos esta celebración con gran recogimiento, piedad y conciencia de la vida del Salvador en medio de nosotros.

AL ENCENDER EL ÚLTIMO CIRIO DE LA CORONA DE ADVIENTO:

(Inmediatamente después del saludo inicial)

El tiempo de adviento llega hoy a su último domingo. La preparación para recibir al Señor culmina con la llegada del esperado. Encendemos la cuarta y última luz de nuestra corona de adviento.

ORACIÓN AL ENCENDER LA CUARTA LUZ

Al llegar al cuarto y último domingo de adviento, encendemos también el último cirio de esta corona que ha marcado nuestra gradual preparación para la llegada del Salvador.

Que la Navidad que se acerca pueda ser para todos, Señor, fiesta de gozo y salvación.

Ven, Emmanuel, despierta tu poder
y ven a salvarnos. Ven, Señor, Jesús.

MONICIÓN A LAS LECTURAS

"Habitarán tranquilos porque se mostrará grande hasta los confines de la tierra y esta será nuestra paz". Con este anuncio la Palabra de Dios nos desafía a la confianza y a la alegría porque Dios nos revela su rostro en la obediencia de su Hijo, quien con su Encarnación en el seno de la Virgen Madre trae vida a nuestro corazón, nuestra familia y nuestra historia. Acojamos la Palabra.



ORACIÓN DE LOS FIELES

Presidente: Elevemos al Padre Celestial nuestras plegarias con gran confianza.

R./ Despierta tu poder, Señor, y ven a salvarnos.

1. Por nuestra Iglesia, para que con actitud solidaria y decidida salga al encuentro de los hermanos más alejados y vulnerables de nuestra sociedad y sea para todos un signo claro de la salvación que nos traes.
2. Por nuestras familias, para que superando la indiferencia compartamos de modo eficaz posibles soluciones a las luchas y necesidades que se experimentan en el día a día.
3. Por nuestros hermanos enfermos, para que, en medio de su dolor y sufrimiento, experimenten que tú estás cerca ofreciéndoles tu ternura y consuelo.
4. Por quienes sufren a causa del desempleo y las dificultades materiales, para que en estos tiempos encuentren espacios y lugares que les permitan dignificarse a través de un trabajo estable y justo.
5. Por nuestros niños y jóvenes, para que escuchando que tú los amas y los llamas, no tengan miedo a responderte en una vida sacerdotal o religiosa, como testigos de alegría para el mundo.

Presidente: Acoge, Padre bondadoso, las súplicas que te hemos presentado y permítenos alcanzar aquello que sea conforme a tu santa voluntad. Por Jesucristo, nuestro Señor.